

Una herencia preciosa

“Aquí tienes a tu hijo, aquí tienes a tu Madre” (Jn 19).
Una mirada, pocas palabras, un don para recibir, vivir y compartir.



Lucia Catalano



Ser Misioneras de la Inmaculada no es un título, ni un sello para siempre en nuestros documentos de identidad, es una vocación, un regalo especial y gratis de Dios, que nos invita a seguirlo en la vida consagrada con este particular carisma mariano.

Misioneras de la Inmaculada Padre Kolbe: nos presentamos así cuando nos invitan a algún encuentro o alguna misión, cuando todavía no nos conocen y no tenemos esa amistad para que nos puedan llamar por nuestro nombre: Lucía, Ana, Silvia... Por respeto a veces nos llaman hermanas o madres, y no saben cuánto de verdad quisiéramos ser todo eso para ustedes.

Ser Misioneras de la Inmaculada no es un título, ni un sello para siempre en nuestros documentos de identidad, es una vocación, un regalo especial y gratis de Dios, que nos invita a seguirlo en la vida consagrada con este particular carisma mariano. Se puede entender más con el corazón que con la cabeza porque es un misterio de amor, una mirada

divina dirigida ante todo hacia nuestro fundador, el padre Luis Faccenda, y a las primeras misioneras, jóvenes mujeres italianas llenas de sueños y pasiones. ¿Por qué nosotras y no otras? San Francisco contestó así a la misma pregunta de fray Masseo: “Dios no encontró otro más pequeño que yo”. **Por eso decimos cada día “¡sí!”, aún sin entender todo, envueltas de misericordia, poniendo nuestras manos en las de la Virgen, y confiando a Ella todo lo que somos, pensando que una madre nunca se asusta de la fragilidad de sus hijos.** Siempre necesitamos ayuda, también las veces que creemos ser fuertes. Todo nos puede faltar pero nunca la confianza. Lo hemos experimentado en estos 50 años en Argentina, ¡Qué lindo dejarse conducir por Ella, cuántas sorpresas!

El deseo de "ser Ella"

"Dime quién eres, deseo conocerte para amarte más", decía el padre Kolbe en sus diálogos sencillos y profundos con la Virgen. Te doy la llave de mi corazón y de mi vida, deseo conocerte y quiero hacerte conocer, porque no tengo miedo delante de quien me ama. Confiar en la Virgen no es firmar un seguro para una vida tranquila y sin problemas, llevar en nombre de Kolbe nuestra identidad carismática nos pone "la piel de gallina" porque nos lleva a la celda de Auschwitz, a esta ofrenda tan grande. Nos lleva a misionar y a dar nuestro testimonio en los pueblos, en las ciudades, en los lugares de trabajo, para escuchar, dirigir una palabra de esperanza, poner todo en nuestra oración: los rostros encontrados, las lágrimas compartidas, el deseo de "ser Ella" para los demás. ¡Cuántas familias en estos años nos han abierto

las puertas de sus casas y de sus corazones, nos han recibido con generosidad, ofrecido también a veces lo poco que tenían! ¡Hemos experimentado tantas veces la ternura de María con nosotras en los gestos más sencillos!

En la fraternidad

La Inmaculada es una herencia preciosa que nos hace una gran familia sin confines, enriquecida de culturas y tradiciones compartidas en el mismo ideal y, a veces, en la misma comunidad.

En esta familia están también los voluntarios, laicos agregados, y los amigos más cercanos que comparten este carisma, los pasos misioneros y las etapas importantes, como la que estamos celebrando. Una relación personal con María para vivir no solo a nivel personal sino juntos, en fraternidad.

María está en el centro de nuestro compartir. Está en ese abrazo verdadero, en un gracias que no esperabas, en el último saludo antes de la despedida, en la mirada de cariño volviendo a la casa, en una flor sobre la cama, un mensaje simpático en whatsapp, una llamada desde lejos, en las ganas de estar juntas cantando y rezando, en aquel gesto de perdón, en las amistades que duran en el tiempo y en la distancia...

Ella está en nuestro ADN, en el querer seguir juntas, Misioneras de la Inmaculada Padre Kolbe, porque lo elegimos y reelegimos, porque lo amamos, porque nos atrevemos, porque es el ideal por el cual vale la pena vivir, trabajar, sufrir y morir. Y renacer cada día: una nueva jornada, un nuevo don, un nuevo desafío, otra lindísima oportunidad. ■

